

2. Es, pues, útil á veces, en los sujetos bien constituidos, atacados de ansiedades precordiales, practicar una pequeña sangría en el brazo y repetirla á intervalos más ó menos cortos. Por este medio se disminuye la opresion pulmonar; el enfermo no se cura, pero se alivia, y se simplifica la enfermedad.

3. En la melancolía, más que en cualquiera otra vesania, no puede ponerse en duda la eficacia de las depleciones en la márgen del ano.

En los sujetos de un temperamento venoso abdominal, estas últimas son muy útiles. El resultado es tanto más satisfactorio, cuanto más pronunciada es en el melancólico la constitucion hemorroidal, cuando padece de gota y cuando la enajenacion se declaró despues de la desaparicion de una turgescencia rectal.

4. Se ha recomendado frecuentemente la aplicacion de sanguijuelas al perineo en las mujeres cuyas reglas se han suprimido. Al contrario de la opinion general, yo diría que casi no se consigue nada en tales casos, á ménos que el sujeto sea de una constitucion venosa, que tenga la piel naturalmente morena y los cabellos negros. La aplicacion de sanguijuelas en el orificio de los órganos genitales presenta sobradas dificultades para que pueda recomendarse con frecuencia. Yo hago la deplecion en la parte superior interna de los muslos.

5. En la edad de la menopausia, en las mujeres melancólicas, de buena constitucion, que no han tenido hijos, es conveniente aplicar de tiempo en tiempo algunas sanguijuelas al perineo.

6. He recurrido frecuentemente á esta sangría local en los hombres y en las mujeres, cuando los ojos tienen un tinte amarillento, la piel un aspecto congestionado, los labios lívidos, el pulso muy dilatado, el paciente experimenta ansiedades y su enfermedad está caracterizada por accesos de abatimiento ó por pensamientos siniestros.

Evito las depleciones copiosas, y sólo aplico tres ó cuatro sanguijuelas á la márgen del ano; despues de dos ó tres dias aplico de nuevo otras tres sanguijuelas; deajo pasar algunos dias y reitero la deplecion. Gracias á este tratamiento, y reuniéndose todas las condiciones favorables, el color del tegumento se vuelve más claro, desaparece la lividez de los labios, las ideas alegres sustituyen á las sombrías preocupaciones, y la voluntad recobra su imperio.

No creais, sin embargo, que esta medicacion encuentra un vas-

to campo de aplicaciones; debe reservarse, por el contrario, para casos excepcionales tan sólo.

SÉTIMA PARTE

TÓNICOS

1. Hay ocasiones en que se emplean los tónicos con éxito.

Durante los años de escasez de nuestras Flándes, pude observar que el uso de estos agentes suele ofrecer ventajas. Muchas veces he combatido un estado de profunda melancolía por medio de un cocimiento de quina roja administrado en combinacion con un régimen nutritivo. Cuando los enfermos que entran en nuestros establecimientos presentan gran enflaquecimiento, están demacrados y ofrecen un pulso pequeño y frecuente, sospecho una falta de nutricion, y casi siempre son empleados los tónicos con ventaja.

2. La melancolía se anuncia algunas veces por los caracteres de una caquexia general. El enfermo tiene la piel arrugada, círculos cianóticos alrededor de los ojos; su lengua está pálida, sus deyecciones son extremadamente tardías, su orina oscura, su apetito casi nulo.

En tales casos administro los extractos amargos, el trébol de agua, la manzanilla romana, y hasta el presente sólo puedo contar buenos resultados de esta medicacion.

El Dr. Hitch, de Gloucester, me ha asegurado haber obtenido muy buenos éxitos con el *ioduro de potasio*, administrado en la melancolía con estado congestivo hipostásico.

Yo he empleado frecuentemente este medio, con un resultado no dudoso, en los casos de enajenacion acompañada de congestion venosa en la cabeza. Tendré cuidado de recordaros las ventajas que me procura este agente administrado en los casos de estupidez.

RÉGIMEN ALIMENTICIO

En general, conviene á los melancólicos indigentes una alimentacion sustanciosa. Se distribuye á estos enfermos caldos muy nutritivos; se les da una doble racion de carne y cerveza, teniendo

siempre cuidado de proceder gradualmente. En nuestros pobres, bastan algunas veces pocos dias para disipar la melancolía, lo más frecuentemente acompañada de demencia, que tiene su origen en las causas debilitantes de que acabo de hablaros.

Cuando la enajenacion mental resulta de pérdidas seminales, ó bien cuando el enfermo se entrega á prácticas que arruinan su salud, debe recurrirse á un régimen tónico, susceptible de reparar sus fuerzas.

Es indispensable nutrir bien á los melancólicos; debe usarse siempre de ciertas precauciones y asegurarse del estado del estómago; en algunos se observa que, despues de haber comido más ó menos copiosamente, se ponen agitados; por esta razon deben proibirse en ellos los vinos y las especias, y no darles sino poco alimento de una vez.

OCTAVA PARTE

He aquí algunos melancólicos convalecientes, ó que están muy cerca de la convalecencia.

Los tenemos sometidos á distracciones muy variadas.

Los unos trabajan.

Los otros se pasean por la ciudad.

Muchos de ellos se ocupan, durante una gran parte del dia, en jugar ó en ver jugar á los naipes.

DISTRACCIONES

1. Cuando, considerando el tiempo trascurrido y la tolerancia que muestra el paciente á los excitantes del dominio moral, sospechéis que la enfermedad ha recorrido su período ascendente, cesaréis de tenerle sentado ó acostado en su cama; llamaréis sus fuerzas hácia el exterior, ejerceréis sobre ellos una especie de derivacion moral.

Obraréis sobre
sus músculos,
sus sentidos,

su inteligencia,
por medio de los ejercicios corporales,
— — de las distracciones sensitivas,
— — de la conversacion.

A. — TRABAJOS

1. Os esforzaréis desde luego en excitar la atencion del melancólico imponiéndole algun trabajo manual.

Esto lo conseguiréis ménos difícilmente en las mujeres que en los hombres; á las primeras se las determina más fácilmente á trabajar; esto es un hecho generalmente reconocido.

Desde que la melancólica sale de su encogimiento, se la coloca en una silla y se ensaya á ponerla en la mano un bastidor para la confeccion de encajes ó para bordar. Aquí, poco tiempo despues de su entrada, al cabo de algunos dias de reposo en su habitacion, tratamos algunas veces de inducir á la enferma á hacer encajes. Yo proscibo todo ejercicio violento, el cual produce más daño que beneficio. En nuestro establecimiento la industria de encajes se ha llevado á tal punto, que me veo obligado á moderar el ardor de nuestras enfermas hácia esta clase de trabajo. La ganancia viene á ser aquí el gran excitador de este celo, que, sin embargo, puede llegar á ser nocivo, condenando á la enferma á una inmovilidad corporal exagerada.

2. Nosotros dedicamos á los melancólicos que marchan hácia la convalecencia:

á los trabajos domésticos,
á aserrar madera,
á llevar carbon,
á cuidar del fuego y de los aparatos para el alumbrado,
á preparar las legumbres, á mondar las patatas,
á disponer las mesas para la comida,
á coser, hacer medias ó encajes, bordar, lavar, planchar,
á cuidar los jardines,
á arreglar las camas.

Cuando están en convalecencia, se ejercitan estos enfermos en diferentes profesiones. Se les dedica

á sastres,
á carpinteros,

á toneleros,
á torneros,
á tejedores,
á cesteros,
á hilanderos,
á zapateros.

Se tiene cuidado de consultar las disposiciones más ó ménos favorables que cada uno tiene para la organizacion de estos trabajos.

Desde que el melancólico empieza á interesarse en lo que pasa á su alrededor, desde que su tez gana en frescura, se le encarga de alguna labor manual; la mujer cose, borda, hace encajes; y á medida que el enfermo presta más atención, cuando ejecuta bien estos trabajos, se le imponen ocupaciones más fatigosas.

B. — JUEGOS

1. Entre los agentes de distraccion, creo que no hay otros cuya accion sea más eficaz que el juego de naipes y el del dominó. Pero es necesario escoger con discernimiento los enfermos y el tiempo oportuno; es preciso tambien que las inclinaciones del enajenado le lleven á esta distraccion.

El juego de naipes es un gran recurso en los hombres, y sobre todo en los pobres. Pero frecuentemente se necesita mucho tacto para conducir al melancólico, para determinarle á jugar. Se le ponen los naipes en las manos, pero los deja caer. No obstante, se renuevan las instancias, se le exhorta, se le muestran las exigencias del juego, se le hace prestar más atención, hasta que se consigue decidirle. Se persiste aún, y bien pronto el enfermo acaba por aficionarse á estos pasatiempos.

El éxito depende del celo y de la perspicacia de los hombres á cuyos cuidados está confiado el melancólico. Este enajenado no hace nada por sí mismo; otra voluntad debe reemplazar á la suya; primero se excitan en él los actos automáticos, actos que, por hábito, repite, y que bien pronto convierte en actos voluntarios. Así es que los melancólicos estúpidos, sumergidos en un estado de embrutecimiento completo, vuelven insensiblemente en sí y adquieren luego una pasión tal por el juego de naipes, que llega á preocuparles días enteros.

No debemos exagerar, sin embargo, las consecuencias de esta

práctica, considerada bajo el punto de vista de una aplicacion general; algunas veces se hacen tentativas infructuosas, y frecuentemente tambien se agota el celo de los guardas.

C. — LECTURAS

En nuestros establecimientos, los enajenados tranquilos y pacíficos asisten diariamente á las lecturas que hay establecidas desde las siete á las ocho de la tarde. Para este ejercicio literario se escogen asuntos agradables: viajes, folletines, hechos curiosos.

Me abstengo, no obstante, de admitir á los melancólicos que se encuentran en el primer trimestre de su enfermedad á estas sesiones de lectura; he podido observar, con mucha frecuencia, que el estado de estos enfermos se agrava cuando se les somete demasiado pronto á distracciones de esta naturaleza.

Es necesario que todo establecimiento de enajenados posea una biblioteca de libros escogidos. Pero no os imagineis que dicha biblioteca puede estar á la disposicion de todo el mundo; no creais que podríais determinar al melancólico que está allí, delante de mí, á leer, ó que él tenga suficiente fuerza de voluntad para dirigir una mirada solamente sobre el libro que le deis. El enfermo casi no verá el libro, ni le comprenderá. La lectura no conviene, bajo ningun concepto, cuando la melancolía es aguda, complicada con desórden en las ideas; además, no todos los enfermos tienen aficiones literarias; las mujeres no aman tanto la lectura como los hombres.

Las lecturas aisladas convienen á los melancólicos convalecientes, á los que tienen afición á leer, á los que han recibido alguna instruccion gramatical ó literaria.

D. — MÚSICA

1. Desde los tiempos más remotos se ha invocado la música en el tratamiento de la melancolía, y hasta el día no se ha cesado de proclamar sus ventajas. Sin embargo, los observadores eminentes, tales como Esquirol, Ferrus y otros, no han hablado siempre con elogio de este agente; por mi parte, creo tambien que en ciertas circunstancias puede perjudicar mucho el recurrir á ella. Yo concibo que, en las situaciones ordinarias de la vida en que el hombre se entristece á fuerza de aburrirse, se encuentre agradablemente

impresionado asistiendo, por ejemplo, á un concierto; este hombre tiene necesidad de sensaciones, á fin de distraerse de sus disgustos. Pero que se someta á una madre que acaba de perder á su hijo á los acordes de un órgano, de un arpa, de un oboe, y se verá cómo se descomponen sus facciones, cómo experimenta una visible repugnancia hácia ese instrumento cuyos sonidos repercuten en su dolor.

Yo he visto muchas veces frenálgicos ponerse anhelosos á los acordes de un piano, de un violín ó de cualquier otro instrumento. En nuestros pensionarios hay un órgano que marca las horas del reloj; pues bien, ha sido necesario algunas veces parar el juego de este instrumento, porque ciertos enfermos no podían soportarlo.

Jamás someto á mis melancólicos á la influencia de la música, miéntras el mal está aún en su período de crecimiento, y no concibo cómo en algunos establecimientos se atreven á organizar conciertos instrumentales de los más ruidosos, á los cuales asisten indistintamente todos los enajenados tranquilos. El bien que resulta de esta influencia no puede realmente aplicarse á toda especie de enfermos, con los cuales debe economizarse la impresionabilidad.

2. Yo recurro á la música cuando el enfermo se entristece, cuando empieza á pasearse, cuando el sueño renace, cuando se manifiestan intervalos de bienestar; yo he comprobado, sobre todo, el efecto saludable de este medio cuando el enfermo puede cultivarlo por sí mismo. M. Ferrus ha dicho:

«El sonido de los instrumentos agita y hasta inquieta generalmente á los enajenados. Es necesario someterles aisladamente á la influencia de una música hábilmente dirigida.»

3. Cuando empiezan á manifestarse los signos de una mejoría real, cuando el sueño se hace reparador, cuando están menos tristes, más dispuestos á responder con prontitud á las preguntas que se les dirigen, cuando hay más espontaneidad en los actos, más aptitud para levantarse, para moverse, se puede ensayar la influencia de la música.

En nuestros establecimientos, la sétima parte de nuestros enfermos, próximamente, tiene una hora al día de canto. Aprenden á cantar en coro, clasificados según el timbre de su voz; algunos cantan en las funciones de la capilla. Como medida de orden, de calma y de tranquilidad, este ejercicio tiene los resultados más felices y más asombrosos.

Yo no admito allí á los melancólicos, á ménos que no estén en convalecencia.

E. — PASEOS

1. A medida que la curacion hace progresos, es permitido ensayar el que los enfermos paseen; yo recurro principalmente á este medio cuando la convalecencia se deja entrever en el melancólico.

Entónces es cuando también convienen los ejercicios más ó ménos violentos; estos ejercicios producen conmociones saludables; tienden á quebrantar los hábitos morbosos é impiden que el mal se prolongue.

Se estudiará con cuidado el efecto que este género de distraccion produce en el enfermo. Yo he visto convalecientes que, después de un encierro más ó ménos largo, se sentían atacados de vértigos y hasta de vómitos la primera vez que salían para ir á pasearse. En otros, el estado moral se agravaba hasta el punto que me hacían creer en un retorno de los síntomas primitivos, hasta cuando la convalecencia parecía ser franca y activa. Yo he conocido muchos convalecientes que no tenían afición á pasearse; la vista de los objetos nuevos para ellos les atacaba los nervios, les causaba desazon. Es cierto que, en algunos casos, es necesario forzar esta impresionabilidad morbosa y habituar al enfermo á las conmociones morales.

Esta manera de considerar el tratamiento de los enajenados, reconozco que es contraria á las creencias generalmente aceptadas. En todas partes se atribuye una gran importancia á la accion benéfica del aire; y, como ya hemos tenido ocasion de decir, se concede desde el principio del mal una gran importancia á la influencia de los paseos y de los viajes. Yo reconozco que es útil someter al enajenado á la accion de un aire puro; pero, al principio de su enfermedad, yo no descubro nada en esta accion que obre directa ó indirectamente sobre la moral como potencia curativa; yo no veo en este agente más que un modificador higiénico, propio para conservar la salud general.

2. Pero si los paseos deben emplearse al principio de la enfermedad con una extremada circunspeccion, y proibirse terminantemente en el período de desarrollo de la melancolía, se hacen, por el contrario, necesarios, indispensables, cuando el enfermo está en

vías de curacion. Entónces se trata de excitarle; el enfermo conserva, en efecto, una especie de entorpecimiento físico y moral; permanece en su cama, no se mueve para nada, y presenta cierta palidez del semblante. Entónces es necesario romper estos hábitos morbosos y sacudir los sistemas cerebral y circulatorio; como en las enfermedades agudas, es preciso resolver el mal tonificando al enfermo. — Las distracciones de todas clases, variadas segun las costumbres y el carácter natural del enfermo, serán entónces preconizadas.

Yo no recomiendo los viajes á los melancólicos más que en los casos en que la convalecencia se ha establecido decididamente.

Pueden emplearse ventajosamente los viajes á los baños de mar y á los establecimientos de aguas minerales.

NOVENA PARTE

LAS RELACIONES DE FAMILIA

1. Cuando el melancólico se encuentra en un establecimiento especial, es raro que deba ser sometido á un aislamiento completo.

En muchas situaciones es conveniente, es saludable que de tiempo en tiempo tenga relaciones con los miembros de su familia. En casi todos los casos de tristeza morbosa, sin ideas delirantes, sin congojas, sin gran desesperacion, los parientes, cuando saben conducirse convenientemente con el enfermo, pueden hablarle á intervalos determinados por el médico del establecimiento.

2. Es necesario tener presente en estas relaciones:

1.º El período de la enfermedad. — En la fase ascendente del mal, es raro que se puedan multiplicar las visitas de la familia; lo más frecuente es que no se pueda permitir las.

2.º Para que se obtengan resultados favorables de estas entrevistas, es necesario tambien que el melancólico manifieste el deseo de ver á algunos de los suyos, y que este deseo le preocupe hasta el punto de casi revestir el carácter de una pasion.

3.º Que el frenálgico no sea de una complexion demasiado movable, demasiado impresionable.

4.º Que la causa de la enfermedad no se encuentre en relacion con la persona llamada á visitar al enfermo.

3. En muchos casos, las primeras visitas causan vivas emociones y producen hasta una agravacion de los síntomas, que, sin embargo, no es de larga duracion. Por lo demas, se obra con circunspeccion, se estudia la disposicion de los individuos á fin de ver si puede hacerse el ensayo que se quiere intentar.

4. A medida que el mal se hace estacionario, el amor que el enfermo experimenta por su familia se hace de dia en dia más pronunciado.

Entónces es cuando se puede obtener un resultado, á veces muy importante, de una entrevista con los parientes. No hay quizás impresion más viva y profunda que la que se recibe á la vista de un padre, de una madre, de una esposa, de los hijos, de un amigo íntimo, de los cuales se ha estado separado muchos meses; una y otra parte vierten abundantes lágrimas; se cambian las palabras más tiernas, y más de una vez se producen síncope, vómitos, accesos de histerismo.

En esta viva emocion es donde cabalmente consiste el efecto terapéutico del medio de que os hablo.

5. En la declinacion de la enfermedad, la vista de una persona querida por el enajenado obra como una pocion calmante. Apénas se puede comprender el efecto bienhechor de esta medicina moral sin haber observado su eficacia; el enfermo, despues de haber visto á su esposa, á su hijo, á un pariente, á un amigo ó á un conocido; despues de haber hablado con ellos durante media hora ó una hora, experimenta frecuentemente un alivio considerable. Aumenta su apetito, se hace apto para el trabajo, cambian sus facciones, su piel adquiere más frescura, su mirada expresa el contento, y no tarda en manifestarse la convalecencia. En cuanto á estas entrevistas, es indispensable que el médico fije el tiempo que el enfermo puede pasar con su familia.

6. Las relaciones que se establecen así, de una manera inopinada, producen á veces los más felices efectos.

Un dia obtuve yo un resultado que nunca me hubiera atrevido á esperar: una mujer, madre de nueve hijos, que todos vivían, se encontraba aislada hacia muchos meses en nuestra casa de salud, ata-

cada de una melancolía caracterizada por los síntomas de una violenta desesperación y por ideas delirantes vagas, que la hacían decir que todos sus hijos habían muerto. Hé aquí el medio que yo imaginé para distraer su espíritu é impresionarla favorablemente. Hice venir á todos sus hijos y á su padre; les hice colocar á todos en fila en el locutorio, de modo que el hijo mayor ocupara un extremo y el menor el otro; hice entrar á la enferma, sin haberla prevenido de la visita que iba á recibir..... Yo fuí testigo de la escena. Jamás he oído expresiones más tiernas, nunca he visto estallar con más pasión el amor maternal. La pobre madre se lanzó hácia su hijo más pequeño y le inundó de lágrimas; de este modo los recorrió á todos, reiterando sus demostraciones, hasta que al fin se acordó de su marido que, como yo, era espectador de esta escena conmovedora. Renovó también sus lágrimas y luégo se calmó, hasta el punto de entablar con su familia una conversación de las más interesantes.

Desde este momento cambió su situación; ya no hubo ideas delirantes, ya no se desesperó; hasta desapareció también la tristeza; en una palabra, esta buena madre marchó rápidamente hácia la convalecencia; dos meses habrían trascurido apénas, cuando regresó al seno de su familia enteramente curada.

7. Hay una condición en la melancolía, en ciertos sujetos, en que sería una grandísima imprudencia no favorecer las relaciones entre la familia y el enfermo. Es cuando éste está á punto de abatirse, cuando la acción del corazón se debilita, cuando la inteligencia disminuye; en estos casos, es preciso llamar á los parientes, á fin de impedir el paso á la demencia.

8. Hay melancólicos que permanecen fríos é insensibles á las demostraciones más afectuosas. En general, cuanto más pronunciado es el estado de abatimiento, cuanto más profundas raíces ha echado el mal, ménos expansivo es el enfermo; se diría que todos los sentimientos están afectados en él, hasta el punto de que, cuando se le habla de su esposa, de sus hijos, no parece sentir por ellos la menor afección. Es evidente que, entónces, la vista de sus allegados no acarrea ordinariamente ningún bien.

9. En todos los casos deben observarse estrictamente todas las reglas impuestas por la prudencia; se harán ensayos, se medirá el grado de tolerancia que marque la moral del melancólico. Sucede frecuentemente que, apelando demasiado pronto á estas entrevistas, se determina una efervescencia de sentimientos sobrado grande, se

provoca un desbordamiento de pasiones tristes y violentas, y, por consecuencia, una agravación en el estado del enfermo. Es necesario, sobre todo, evitar el empleo del medio de que hablamos cuando la tristeza tiende á trasformarse en manía. Esta tendencia se reconoce en las palabras del enfermo, llenas de amargura y de acusaciones.

10. Comprenderéis, pues, cuánto importa que, en los establecimientos, los melancólicos estén confiados á enfermeros que se distinguen por su inteligencia y por la bondad de su corazón; éstos deben poseer en alto grado el arte de consolar á sus enfermos. Estos consuelos los reciben los enajenados frecuentemente de sus compañeros, de los convalecientes y de otros enfermos con quienes se encuentran. No es posible comprender, sin haberlo observado, cuán grande es la influencia consoladora que los enajenados pueden comunicarse mutuamente. Hay enfermos cuyas maneras afectuosas, la dulzura de su carácter, les hacen aptos para las amonestaciones más saludables. Muchas veces, estas interesantes personas contribuyen al éxito del tratamiento moral.

PARTE DÉCIMA

RELIGION

Hablemos ahora de la influencia religiosa, considerada como agente moral.

1. Las prácticas de la religion se dirigen á un sentido íntimo. Estas prácticas abren el camino á la esperanza; son el atemperante, el calmante que buscan instintivamente las almas afligidas.

Cuando se considera la influencia que los sentimientos, las ideas religiosas ejercen sobre la civilización, sobre las pasiones, sobre el carácter del hombre, no puede dudarse de su poder como modificadores de la moral enferma.

2. Frecuentemente se han suscitado dudas contra la acción de los ejercicios del culto en el tratamiento de las enfermedades frenopáticas.

Se ha dicho que la religion es una causa frecuente de enajena-